



“SER-HISPANO”

Un mundo en el *border*
de otros mundos

Enrique Dussel

Biblioteca Virtual
OMEGALFA
2021

«*Ser-hispano*». Un mundo en el *border*
de otros mundos
Enrique Dussel

Fuente:
Materiales para una política de la liberación,
<https://enriquedussel.com/libros.html>
Enrique Dussel, 2007, cap. 6
Plaza y Valdés Editores.

Maquetación:
Demófilo, 2021

*Libros libres para
Una Cultura libre*



Biblioteca Virtual
OMEGALFA
2021

ÍNDICE

“Ser hispano”: un mundo en el <i>border</i> de otros mundos.....	3
1.- El “mundo primero”. Por parte de “madre”: el oriente extremo del Extremo Oriente.....	7
2.- El “mundo segundo”. Por parte de “padre”: el extremo occidente del Occidente extremo.....	12
3.- El “mundo tercero” como un/a “hermano/a” de descendencia “mestiza”: el extremo norte del Sur.....	17
4.- El “mundo cuarto”. El afro-caribeño, un hispano más.....	21
5.- El “mundo quinto”. El extremo sur del Norte.....	22

Enrique Dussel

«*Ser-hispano*». Un mundo en el *border* de otros mundos

NO se trata de proponer una utópica «raza cósmica» como la que nos habla A. Vasconcelos, ni la «hibridéz» de N. García Canclini, ni una historia interpretada literariamente como la de Octavio Paz en *Laberintos de la soledad*, sino más bien un ir descubriendo al *hispano* como «localizado» creativamente *entre* (el «in-between» de Homi Bhabha ¹) muchos mundos que van constituyendo, en el «border» intercultural,² una identidad histórica, no sustancialista ni esencialista, sino dialécticamente creadora de sus propios componentes en el proceso mismo de la historia en continua integración de nuevos desafíos. Pero dicha experiencia histórica es al mismo tiempo normativa: debe ser descubierta y afirmada en su dignidad, mucho más cuando el estado actual de la comunidad *hispana* parte de una negativa autoevaluación de su

¹ Véase Bhabha, 1994.

² Pero el «border» no como una línea, sino como un territorio espeso en significado como el «entrecruce» de horizonte de Gadamer; un «espacio» más que un límite; un «espacio» entre muchos mundos, que la subjetividad (intersubjetiva) del actor, los vive simultáneamente, articulándolos, siendo todos ellos «mi mundo», «nuestro mundo», en la solidaridad del «estar-en-casa» (*zu-Hause*) hegeliano, pero «exterior» al mundo hegemónico de los *anglos*, en la «alteridad» (levinasiana).

propia existencia. La complejidad cultural del «ser-hispano» debe ser vivida desde una subjetividad, desde su intersubjetividad activa y creadora, que acepta los retos y los integra, y no los vive como simple dispersión o desgarramiento.

La estrategia de mi exposición en esta contribución, presentada de viva voz en un seminario de la Universidad de Pittsburgh, se sitúa en un horizonte pedagógico, comprometido, que intenta ser comprensible para un *hispano* no-universitario ni académico; para un *hispano* de la base social, a los que he expuesto este tema muchas veces, desde California a North Caroline en Duke, de New York a Chicago, y en tantas otras ciudades norteamericanas. Cuando el *hispano* descubre su compleja historia constitutiva reacciona al final de la exposición con un cierto enfado: «—¿Por qué no nos han mostrado esto nunca, por qué nos han ocultado nuestra historia en las instituciones educativas o de otro tipo norteamericanas?». A cuya protesta he respondido, aproximadamente: «Difícilmente en alguna escuela primaria, high school, universidad, grupo sindical o religioso se mostrará al *hispano* esta existencia³ tan rica, antigua y con tantas potenciales en la actualidad. El *anglo* protege celosamente su superioridad cultural, política, religiosa». Deseo entonces guardar en esta contribución escrita el tono coloquial, comprensible al sentido común medio de los *hispanos* en Estados Unidos. Se trata como de un esquema para un curso, un seminario, una conferencia ante *hispanos* interesados en tomar conciencia crítica de su propia existencia.

³ En este caso, en el título, y a lo largo de este «paper», la palabra «existencia» será técnica, tendrá un significado sartreano o heideggeriano («ex-»: el punto de origen; «-sistencia»: la trascendencia o el «estar» arrojado en el «mundo»).

El *hispano*,⁴ como todo ser humano,⁵ vive (ex-siste) inevitablemente en un «mundo». Su «ser-en-el-mundo»⁶ tiene por «mundo» uno que ha subsumido «muchos» mundos, cuyas historias no son cronológicamente simultáneas, sino que se han ido dando con diferentes ritmos, en diversos lugares, desarrollando distintos contenidos, cuyo horizonte denominamos el «ser-en-el-mundo-*hispano*», como facticidad concreta, actual, compleja, y de allí su riqueza intercultural integrada en una identidad siempre en formación, intersticial, nacida en un *border land* con gamas tales que pasan de una tonalidad a otra de manera continua, sin perder el experimentarse dentro de la solidaridad *hispana*.

El *hispano* puede ser un indígena guatemalteco en Chicago, un mestizo mexicano en San Diego, un criollo blanco uruguayo en Washington, un afro-caribeño portorriqueño en New York o cubano en Miami, un mulato de Santo Domingo en Houston, y muchas cosas más. Muchos mundos en un mundo. Un mundo que es hoy en la sociedad hegemónica norteamericana despreciado, dominado, empobrecido, excluido (más allá del horizonte del mundo *anglo* aceptable, más allá de la «línea» del horizonte de la ontología heideggeriana, en el *border* donde comienza el no-ser, la nada de sentido de la alteridad levinasiana). Son los últimos de la escala social, cultural y epidemiológica (por ejemplo, los que tienen mayor porcentaje de Sida).

⁴ Hace veinte años los «hispanos» eran los ciudadanos blancos de New Mexico que no deseaban ser confundidos con los «chicanos». Después se los denominó «latinos», y creo que recientemente se va imponiendo lo de «hispano». Es igualmente un tema a ser pensado la oportunidad política que esta comunidad cultural y política tiene para aceptar consensualmente esa denominación.

⁵ Esa mera ex-sistencia la denomina Heidegger bajo el nombre de «Dasein». Véase Martin Heidegger, 1962, § 9 ss., pp. 67 ss.

⁶ *Op. cit.*, § 12; pp. 78 ss.: «Being-in-the-World».

El «mundo *hispano*» es como un fantasma, un espectro que ronda en la «exterioridad», pero que recientemente va mostrándose con nuevos rostros, adquiriendo nuevos derechos gracias a su lucha por el reconocimiento de una existencia distinta, la que, pienso, podría servirle el tipo de narrativa que expondré, a fin de elaborar un mapa básico del tiempo histórico y de la territorialización de «su-mundo». Es un esquema que los maestros, líderes, militantes de las comunidades podrían usar para autoafirmar la dignidad menospreciada frecuentemente. Intenta ser una narrativa ético- pedagógica. No se propone denigrar al *anglo*, simplemente intentará dialécticamente afirmar, mostrar los valores históricos del *hispano*. Puede que aparezca como apologética, y no está del todo mal ser apologista de los despreciados, ilegales, desconocidos, marginales.

Cada uno de los cinco «mundos» que sugiero los imagino como círculos, que coinciden con los otros en torno al *hispano*, el que, por otra parte, guarda una cierta exterioridad en referencia al mundo hegemónico. Todo *hispano* vive dichos mundos en mayor o menor medida.

Valga para iniciar contar una anécdota, experiencia que viví hace años. En la Universidad de Notre Dame, al llenar mi formulario de profesor, debía responder una pregunta sobre mi *ethnicity* —que me desconcertó por racista, como es evidente—. Decía en el primer lugar: «¿Es usted blanco (no hispano)?». Después preguntaba: «¿Es usted afro-americano (no hispano)?», y así sucesivamente «nativo (no hispano), y al final: «¿Es usted hispano?». Pregunté a la secretaria: «¿Qué le parece que soy yo?». Al escuchar mi «acento» inglés me preguntó: «¿Viene usted de México? Ponga *hispano*». ⁷ Quedé entonces clasificado «al final» (abajo) de las posibles *ethnicities*.

⁷ Yo era ciudadano argentino de cuarta generación latinoamericana, cuyo origen es en parte alemán y en parte italiano.

Esta anécdota creo que abre la presente reflexión histórico-cultural.

1. EL “MUNDO PRIMERO”.⁸ POR PARTE DE “MADRE”: EL ORIENTE EXTREMO DEL EXTREMO ORIENTE.

CUANDO en Los Ángeles o San José uno encuentra a un mexicano, aunque advierte rápidamente que se trata por ejemplo de un zapoteco de Oaxaca, que habla su lengua amerindia y que quizá en poco tiempo llegue a expresarse mejor en inglés que en castellano, descubre un *hispano* que, sin embargo, se diferencia notablemente de muchos otros que también se identifican con esta comunidad cultural, histórica y política.

En efecto, el *hispano* tiene siempre una cierta referencia originaria, constitutiva con las culturas amerindias. Para el que pertenece por raza, lengua, cultura, religión, historia a una comunidad indígena, esta pertenencia es mucho más fuerte. De todas maneras los *hispanos* reaccionan espontáneamente ante un indígena procedente de América Latina como ante un miembro de su propia comunidad. Puede observarse esto en el arte mural que llena numerosas paredes (arte tan azteca y tan mexicano, que se inspira en los Rivera, Orozco u O’Gorman de inicios del siglo XX) de los barrios *hispanos* de las ciudades norteamericanas. El indígena aparece frecuentemente como un momento simbólico en esas representaciones históricas. No es un despreciado «nativo», sino que es el fundamento sobre el que

⁸ Escribo «World first» y no «First world» por razones obvias, para evitar una confusión geopolítica.

se edifica una identidad histórica. Como si quisieran expresar en sus obras los artistas populares: «¡Nosotros hemos estado aquí *desde siempre!* ¡Venimos de Aztlán!». Este componente referencial es esencial. El *hispano* tiene relación con América como «su» continente (geográfico y cultural) ancestral, originario, por «Malinche» (sea indígena o mestizo) su «madre», que se enlaza con la «terra mater» (la «Pacha Mama» de los Andes o la «Cuatlicue» del valle de México, la «tonanzintla»: nuestra madrecita). Esa tierra es América y fue originariamente *hispana*, por parte de madre. No fue la tierra «vacía» de John Locke o Walt Whitman, sino que estaba «llena» de significado histórico-cultural. El indígena es el que merece como nadie el nombre de «americano» (*american*).

Hemos expuesto en otras obras el movimiento en el espacio de nuestros pueblos originarios.⁹ La humanidad efectuó un largo proceso civilizatorio en el continente afro-asiático (desde las culturas neolíticas en la actual Turquía, con ciudades desde el VII milenio a. C., y en la Mesopotamia, pasando por Egipto en el IV milenio, y apareciendo en las civilizaciones de la India o la China). Fue el «largo caminar» hacia el Oriente —del Occidente hacia el Oriente, contra la opinión eurocéntrica hegeliana—. Es en ese movimiento que deseamos insertar el origen de la historia cultural de los *hispanos*, ya que tienen por «madre» a la indígena, y nacieron en el «oriente extremo del Extremo Oriente» (este último occidental para América, más allá del Océano Pacífico, referencia central a las civilizaciones polinésicas a las que tanto deben las culturas amerindias), en el continente asiático, desde el cual, hace decenas de miles de años, a pie por Behring, siguiendo siempre hacia el este, se fueron introduciendo en América del norte (por Alaska) y

⁹ Dussel, 1966 (incluido en un CD que puede pedirse a < dussamb@servidor.unam.mx >), 1993, y 1998, pp. 15-98.

llegaron veinte mil años después al sur (a Tierra del Fuego), por las más diversas y sucesivas rutas migratorias. En sus rostros está presente el Asia, el Asia oriental, el Pacífico occidental. Tenemos hoy seguridad de que todas estas culturas fueron asiáticas, que pasaron por Mongolia, Siberia, las costas y las islas del Pacífico occidental, huyendo hacia el norte y expulsadas por pueblos más bravíos. Los esquimales fueron los últimos en llegar y quedaron todavía en Siberia y Canadá, quizá expulsados por pueblos turcos. Las semejanzas raciales, hasta faciales, de nuestros indígenas con los habitantes de Mongolia, Indonesia, Filipinas, Polinesia, Micronesia, son por demás conocidas.

Lo importante para una reconstrucción de la «conciencia crítico-histórica» de los *hispanos* es que sitúen a sus ancestros originarios, no como venidos desde un «no-lugar», como caídos del cielo y estando aquí en América, en las playas de algunas islas caribeñas como «esperando» la llegada del «descubridor» Cristóbal Colón, que los investirá de un «lugar» en la historia. Ellos fueron los primeros habitantes de América, habiendo creado grandes civilizaciones urbanas (semejantes a las egipcias, mesopotámicas, del valle del Indo o del río Amarillo, y siguiendo cronológicamente su camino hacia el este), que ya habían «descubierto» todo el continente cuando se produjo la «invasión» europea en el 1492,¹⁰ viniendo desde el Asia materna.

El *hispano* debe experimentar existencialmente (subjettiva e intersubjetivamente) el hecho de haber estado en el continente americano, en sus valles, ríos, montañas, selvas... desde la comprensión de una historia de la humanidad razonable, de

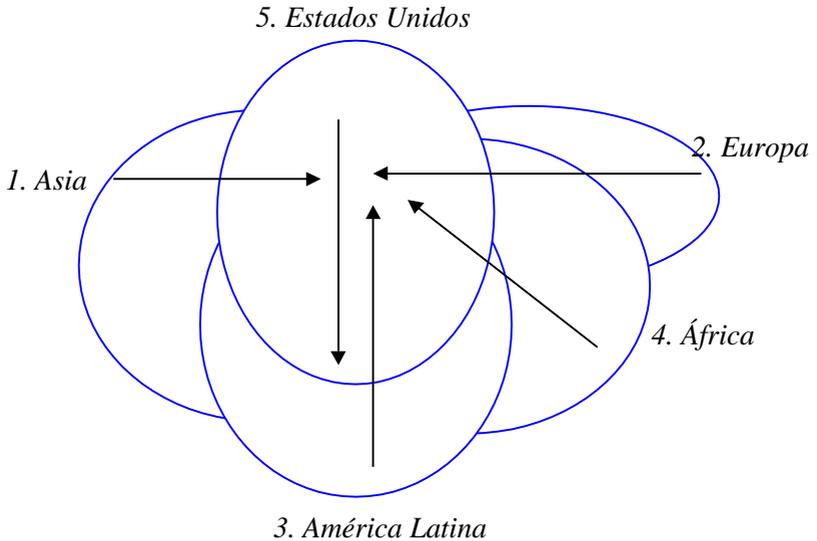
¹⁰ Esa experiencia de «llegar» a Amerindia por el oeste, debe hacerse vivir a los *hispanos* como una experiencia ontológica de la primera importancia.

milenaria antigüedad, desde «antes» de todas las «invasiones» posteriores. Su «madre» (y su «padre» si es indígena *hispano*) dio nombre a todos los «espacios» y vivió la tierra, el sol, las nubes, los pájaros, los animales... desde sus mitos, desde antiguo, desde las «raíces». Deben poder saborear la dignidad de ser «los primeros», «los más antiguos» en referencia a todos los que vendrán «después». No para despreciarlos, ni para creerse superiores, pero sí para experimentar el don gratuito de haber sido los que recibieron a los que llegaron de otros «mundos», ofreciéndoles alimento (el «pavo» es un animal americano, amerindio) a los pobres que desembarcaban hambrientos (los que después celebrarán recordando la comida que les brindaron, pero olvidando el asesinato con el que pagaron a los que tan generosamente les dieron hospitalidad hasta con sus propios y escasos bienes, y en su propia tierra que les será exproliada).

Deben los *hispanos* conocer y apreciar del mundo amerindio no sólo la existencia de comunidades nómades (del norte en Estados Unidos hasta del sur del Imperio inca), o de los plantadores de las praderas, del Caribe y del Amazonas, sino también a las imponentes culturas urbanas de la «América nuclear»: a los mayas, a los aztecas, a los chibchas, a los incas... Civilizaciones de las que deben apreciar su implantación en el espacio, sus hechos históricos, sus textos fundamentales, sus espléndidas estructuras culturales, políticas, religiosas, estéticas, comerciales, económicas, militares... Los *hispanos* deben estudiar esas culturas como un momento de la constitución de su propia identidad, que se va creando, modificando, creciendo en su paso por el espacio y el tiempo. En este caso la memoria es un momento fundamental de la creación de identidad solidaria.

ESQUEMA 1

EL *HISPANO*: UN «MUNDO» COMO *BORDER LAND* *ENTRE* (IN-BETWEEN) MUCHOS «MUNDOS»



Aclaración del esquema 1.

1. Desde el oriente extremo del Extremo Oriente asiático. 2. Desde el occidente extremo del extremo Occidente europeo. 3. El extremo norte del Sur latinoamericano. 4. Desde el occidente de África. 5. El extremo sur del Norte anglosajón.

2. EL “MUNDO SEGUNDO” POR PARTE DE “PADRE”: EL EXTREMO OCCIDENTE DEL OCCIDENTE EXTREMO

Cuarenta siglos a. C., en el norte del Mar Negro, había pueblos que fundían el hierro, que domesticaban el caballo, y que sepultaban los cadáveres de los jinetes junto a sus caballos.¹¹ Era la cultura del «Kurgán» (al sur de Rusia). Siglos después podemos observar en bronce la estatua agresiva de un jinete con espada de hierro en su mano, es la figura de Francisco Pizarro en la plaza mayor de Lima. La cultura del caballo y el hierro había llegado a América. Es la historia de un pueblo que del este hacia el oeste llegó hasta nuestro continente.

España y Portugal eran el *finis terris* (el fin del mundo) de ese sistema antiguo, que comenzando por Japón o la China en el este, culminaba en el oeste con Europa. España, colonizada ya por fenicios en el segundo milenio a. C., provincia del Imperio romano al final del primer milenio a. C. (cuya lengua indoeuropea, el «castellano», nacida en la Edad Media en la reconquista ante los musulmanes, es la que más semejanza guarda en el presente con el antiguo latín), albergará una Cristiandad en cuya plenitud (con Isidoro de Sevilla) será reemplazada por el Califato de Córdoba (otra gloria hispánica que ningún otro país europeo puede ostentar), centro cultural, filosófico (con Ibn-Rosh), teológico (con Maimónides), donde el Occidente

¹¹ Estos jinetes llegaron de la China y la India (por Kabul), hasta los medos y persas, griegos y latinos. Fueron los primeros «cowboys», que después surcaron los desiertos árabes, llegaron como vaqueros musulmanes a Andalucía, de allí pasaron a México (hacia el sur del continente como «llaneros» en los Llanos colombianos, y como «gauchos» en las Pampas argentinas). Por último pasaron al norte de México, y llegaron entonces al sur de los Estados Unidos. Su historia es ya la historia del «padre» de los *hispanos*.

obtuvo la traducción de las obras de los griegos al latín, a partir del árabe o del mismo griego, y que permitieron el clásico siglo XIII medieval de París. La nombrada «reconquista», comenzada en el 718 en una escaramuza guerrera que la tradición llama Covadonga, durará hasta enero de 1492, cuando los reyes de Castilla y Aragón ocupan Granada. La «reconquista» será continuada sin ninguna pausa como «conquista» de América.

Los países ibéricos inician así la «primera» Modernidad Temprana, ya que en el siglo XV será España, junto a Portugal que se le anticipa en la empresa por un siglos, la que producirá la apertura al Atlántico, constituyéndose en el «puente» entre el «Mundo antiguo» y la Modernidad (que España y Portugal originan, exactamente, con la «invasión» de las Indias occidentales, el *Abbia Yala* de los indios kunas del Panamá, llamada en honor al renacentista Amerigo Vespucci inadecuadamente «América»).

Las culturas del extremo occidente (Europa) del continente afro-asiático, nunca fueron «centrales» con respecto a este gigantesco espacio civilizatorio. El territorio de conexión fue el Imperio persa o el helenismo, el Imperio bizantino o los sasánidas, región ocupada por último por el Califato de Bagdad («centro» comercial del antiguo sistema desde el siglo VIII al XIII, los 500 años clásicos de la cultura islámica). Europa nunca fue hegemónica en este ámbito. Menos aún el norte de Europa sumida en la barbarie de los germanos hasta muy entrada la Edad Media. El polo fundamental de todo el inmenso continente, el de más peso poblacional, cultural, comercial, fue siempre la China y el Indostán, conectados al mundo bizantino por la civilización comercial musulmana (desde Filipinas hasta España, pasando por Malaka, el Imperio mogol, los reinos del Medio Oriente, hasta el Egipto o Marruecos).

España y Portugal, por estar situadas entre el Mediterráneo y el Atlántico, reemplazaron la hegemonía de Génova o Venecia (ambas bizantinas) que habían conectado a Europa latino-germánica con el «sistema antiguo», porque habían logrado antes que ningún otro país del norte de Europa su unidad (Portugal ya en el siglo XIV, y España en el 1476 con la unidad de Castilla y Aragón). Contra lo que la historiografía posterior enseña, interpretación hegemonizada por el norte de Europa, España y Portugal fueron los países que inician la Modernidad, para las cuales el Renacimiento italiano fue sólo el despertar «Mediterráneo» por la caída de la Constantinopla griega. España y Portugal heredan el renacimiento, pero lo abren el ancho mundo del Atlántico (centro geopolítico de la Modernidad). Todavía bajo la hegemonía comercial de China y del Indostán, y contra un mundo musulmán-otomano que conectaba esas potencias con Europa, Portugal descubre el Atlántico sur-oriental con la Escuela náutica de Enrique el Navegante, que abre a Europa al «Mar de los Árabes» (el océano Índico). España hace lo propio con el Atlántico tropical, gracias al genovés Cristóbal Colón, conectando al Caribe con Europa.

El choque cultural de lo más oriental de Oriente (Amerindia) con lo más occidental de Occidente (los países ibéricos) es el enfrentamiento intercultural más formidable de toda la historia mundial. La tierra había sido completamente ocupada y la humanidad se unía en un abrazo (mortal para los amerindios). Ese choque, y no «Encuentro de dos culturas» (eufemismo eurocéntrico), es justamente la entrelace de Malinche y Cortés, «dos mundos» de los muchos mundos que constituyen «el» mundo *hispano*. Abrazo incomprensible y sin embargo histórico, y asumido, y hecho carne desde hace 500 años. Abrazo cultural que el *hispano* lleva en su cultura, en su sangre, en su historia, y del cual el *anglo* nada puede comprender, ni experimentar, ni admirar. El *hispano* tiene una impresionante

complejidad histórica americana. Tiene por «padre» un europeo latino, de comportamientos propios de la finura islámica (de la refinada Córdoba, Sevilla, Granada), tan lejana de la barbarie medieval europea.

La presencia española en América desde 1492 y de Portugal en Brasil desde 1500, anticipa por un siglo la invasión holandesa e inglesa a las costas norte del continente. Es el comienzo de la primera Modernidad Temprana, el despliegue originario del «Sistema-mundo» del que nos habla acertadamente I. Wallerstein.¹² América Latina (Amerindia + Países ibéricos) es moderna desde su origen. Sufre la Modernidad que siempre se inicia con la violencia de las armas (en América Latina, África y Asia), cuyo primer signo es la «conquista», que se inicia en el Caribe en 1492 y llega hasta el río Maule en Chile, aproximadamente en 1540. Cincuenta años en los que se ocupa la «América nuclear», que contiene la mayoría de la población del continente.

El *hispano*, sea mestizo o criollo, por parte de «padre» (el machista Cortés que domina a la delicada Malinche, princesa indígena, en la interpretación correcta de Octavio Paz en *El laberinto de la soledad*), que le permite remitirse a las culturas amerindias por su «madre», se refiere a una parte de sí mismo cuando piensa en la Europa moderna.

De todas maneras, el *hispano* se identifica con el español no en el sentido despectivo de los latinoamericanos (los «realistas», los «gachupines»). Pienso que geopolíticamente el *hispano* tiene interés en recordar a los *anglos* que son descendientes (y por lo tanto *hispanos*) de aquella España que hizo temblar a Inglaterra con «La Invencible» al final del siglo XVI. Carl Schmitt, cuando quiere dar un ejemplo de lo que significa

¹² Véase Wallerstein, 1974.

«enemigo», cita un texto de Cromwell sobre los españoles.¹³ España (no tanto Portugal que en muchos casos fue aliada posterior de Inglaterra contra España) desde antes del Imperio romano, por estar situada en el Mediterráneo (y no ya como la Inglaterra en la Europa atlántica del Mar del Norte, germánica, medieval, nunca en contacto con las grandes culturas fenicias, egipcias, griegas y muy tardíamente parte periférica del Imperio romano), fue para los anglosajones uno de sus oponentes históricos, en especial en el siglo XVI, debido a la hegemonía hispánica en Europa. La confrontación hispano-anglosajona tenía muchos siglos. El *hispano* entonces, por parte de «padre», despierta en el *anglo* muchos «malos recuerdos» (Shakespeare sabe que el «Manco de Lepanto»¹⁴ inició la literatura moderna), al que no puede considerar simplemente un pueblo inferior, sino, por el contrario, un pueblo más antiguo, más numeroso, más desarrollado (todo esto, evidentemente, hasta comienzo del siglo XVII, cuando comienza la decadencia hispánica y el crecimiento de Inglaterra).

De nueva cuenta el *hispano* debería tomar conciencia de que su lengua, su cultura, su tono religioso barroco tienen un componente europeo que no puede negar, y que debería integrar a su pasado amerindio para constituir su inimitable personalidad histórica. Este «otro» *mundo* que vive como propio el *hispano*,

¹³ Escribe Cromwell el 17 de septiembre de 1656: «The first thing therefore [...] is that: [...] Being and Preservation [...] Why, truly, your great Enemy is the Spaniard. He is a natural enemy [...] by reason of that enmity that is in him against whatsoever is of God» (cita Schmitt, 1996, § 7, p. 67)

¹⁴ Y no está de más recordar que aquella batalla del 1571 en la que participó Miguel de Cervantes, en la que España vence a los otomanos, es igualmente el final de la importancia del Mediterráneo y el comienzo de la hegemonía ya sin interrupción del Atlántico, el gran cambio geopolítico de los últimos quinientos años, que inicia España.

y que se conjuga de manera creativa, viene a enriquecer al «primero».

3. EL “MUNDO TERCERO”. COMO UN/A “HERMANO/A” DE DESCENDENCIA “MESTIZA”: EL EXTREMO NORTE DEL SUR

El mestizo, el «pochó» en Los Ángeles del que nos habla Octavio Paz, es una mezcla racial y cultural tan antigua como la Modernidad. Ninguna otra raza o cultura le puede arrebatarse esa dignidad, y ese estigma. Martín Cortés, el hijo de Malinche y del capitán español, morirá olvidado por una causa ajena como militar en España. Destino de un mestizo, símbolo del olvido de su origen y del sentido de su existencia.

El *hispano* es una síntesis (mundo tercero), un/a hermano/a de los latinoamericanos (el/la que llegaron al «Norte»), descendencia del mundo primero (Malinche) y del segundo (Cortés), o un criollo (un blanco nacido en América, y por lo tanto americano). Es uno de aquellos jóvenes criollos que, habiendo desde niños remado con piraguas por los inmensos e infinitos ríos del Paraguay guaraní, comiendo, durmiendo, vistiéndose como los indígenas, pudieron fundar las Reducciones jesuíticas,¹⁵ respetando las costumbres de los amerindios, sin propiedad privada, hablando sus lenguas, y viviendo los usos lugareños como propios. Los «españoles» que venían de Europa, no podían ya comprender el espíritu de estos latinoamericanos nacidos en tierras de este continente. Los *hispanos* son, por todo ello, «americanos» más antiguos que los que vendrán después, por parte de madre y como nacidos en estas tierras, por ser,

¹⁵ Véase Dussel, 1981.

como mestizos o criollos, habitantes de este continente desde finales del siglo XV. Los otros grupos que llegarán posteriormente a Nueva Inglaterra, no sólo los africanos, sino también los europeos de regiones no anglosajonas,¹⁶ tendrán plena conciencia de haber sido acogidos en tierra extraña y ya colonizada. Los *hispanos*, en cambio, tienen plena conciencia de que estas tierras americanas fueron por ellos habitadas «antes» que ningún otro grupo, incluyendo a los *anglos*. Y que fueron despojados de esas tierras, siendo declaradas «tierras vacías», y por ello excluidos, como los cananeos fueron excluidos de sus propias tierras cuando Josué ocupó Jericó, viniendo del desierto y habiendo sido esclavo en Egipto.

La historia de la vertiente latinoamericana del *hispano* se desarrolla como historia colonial del Caribe colombino hacia la «Tierra Firme», de Panamá a Venezuela, y hacia Florida. De allí va hacia el sur por Nueva Granada y por el Pacífico de Ecuador al Perú, a Chile, uniéndose en el Plata con la corriente colonizadora del Atlántico sur-occidental de Asunción y Buenos Aires. Con Huancavélica y el Potosí la plata (descubierta en 1546 en el monte nombrado) inunda España, Holanda, Europa, y por las estepas y los navíos portugueses se acumula al final en la China (alcanzada igualmente desde Acapulco hacia Manila). Hacia el norte, el mundo colonial latinoamericano se expande en Centroamérica, en el México continental azteca, el

¹⁶ Es interesante recordar, una entre tantas historias, las comunidades españolas judías que huyeron hacia Portugal tras la injusta expulsión del 1492. De Portugal algunas, como la familia de Spinoza, partieron en el exilio hacia las Provincias Unidas de Holanda. De allí pasaron a las islas caribeñas colonias holandesas, como la de Curaçao. La comunidad errante judía pasó por último a Nueva Amsterdam en Nueva Holanda. Dicha comunidad permanecerá cuando pase a manos de Inglaterra y se transformará en la comunidad judía de Nueva York, muy anterior a los *anglos*.

ámbito yucateco-guatemalteco maya. Por último la corriente conquistadora va hacia el norte, hacia las minas de Durango, Saltillo, hacia California y la Pomería.

En 1620 ¹⁷ toda la organización política latinoamericana había concluido, con sus virreynatos, sus audiencias, sus capitanías generales, cabildos, etc. La organización eclesiástica con más de treinta y cinco diócesis (fundándose en ese año en el norte la diócesis de Durango y en el sur la de Buenos Aires) había quedado concluida prácticamente hasta finales del siglo XVIII. La civilización latinoamericana colonial estructura grandes universidades del rango de Salamanca (en 1553), ¹⁸ decenas de colegios universitarios, seminarios teológicos. La «ciudad letrada» crece barroca en el siglo XVII, y después ilustrada en el siglo XVIII.

Cuando en 1610, procedentes del Sur, llegando así al extremo norte de México, el extremo norte de América Latina, se fundaba la ciudad mexicana de Santa Fe en «Nuevo México» (así como México era la «Nueva España»), contemplamos en el actual territorio ocupado por Estados Unidos, su extremo sur, la región norte del mundo latinoamericano; mundo ya antiguo de más de un siglo, con todas sus bibliotecas (como la Palafoxiana

¹⁷ Paradójicamente éste es el año en que recién llegan los Pilgrims en el norte.

¹⁸ En Harvard hay una placa frente a la estatua del fundador, donde consta: «Desde 1636, primera universidad de América». En Santo Domingo se fundó en 1538 el primer centro de estudios de filosofía y teología en América, por parte de los dominicos. En 1540 en Tiripetío, Michoacán, Alfonso de la Vera Cruz funda la primera facultad agustiniana. En el nombrado 1553 se fundan las universidades de Lima y México con iguales prerrogativas que Salamanca, París, Oxford o Cambridge, en filosofía, teología, derecho y medicina. Los *hispanos* puede arrogarse, por parte de sus «hermanos» latinoamericanos, el haber iniciado la vida universitaria en el continente.

de Puebla), imprentas, catedrales artísticamente imponentes, grandes palacios urbanos en las ciudades, espléndidos puertos amurallados (como los de la Habana, San Juan de Ulúa, Cartagena de Indias), caminos, acueductos, haciendas, ingenios... Todas estas instituciones son «anteriores» al origen del mundo anglosajón en el continente americano con la llegada de los Pilgrims. Las Reducciones jesuíticas de California y Misiones franciscanas en Texas, por ejemplo, nos hablan de la presencia de los *hispanos* en el extremo norte de una Latinoamérica que, desde la Patagonia, venía expandiéndose más allá del río Bravo.

El *hispano* es entonces un latinoamericano, un «latino», que como la cabeza del iceberg se apoya sobre una inmensa masa cultural, que yace oculta bajo las aguas, en la sombra de una historia, una población de más de cuatrocientos millones de ciudadanos, que como los Visigodos comenzaban a cruzar el Danubio rumbo al Imperio romano bizantino (también allí eran «mojados» que iban hacia el sur, aquí hacia el norte).

De nuevo, estos latinoamericanos nortños tienen conciencia de haber estado en estas tierras desde «antes» de la ocupación del desierto, antes de que se cruzaran los Apalaches, se extendieran por el río Misisipi y se alcanzaran Texas o California. Los *hispanos/as* son los/as hermanos/as latino-americanos/as del norte. Una nación latinoamericana a ser considerada como tal.

4. EL “MUNDO CUARTO”. EL AFRO-CARIBEÑO, UN HISPANO MÁS

LOS *hispanos* contienen además en su «mundo» otro mundo de extrema vitalidad y muy antiguo también. Se originó cuando en 1520 en Santo Domingo los conquistadores terminaron con la extracción del oro de los ríos, ultimando igualmente a los indígenas taínos, y comenzando así el ciclo del azúcar. Para ello se trajeron los primeros esclavos africanos, procedentes de España y después directamente de África occidental.¹⁹

Nació así el «mundo» de los trasterrados afro-caribeños, que se extendió por todas las islas, e igualmente por la Costa Atlántica de Centroamérica, por el norte de Venezuela y Colombia, las costas del Pacífico hasta Guayaquil en Ecuador, y el Brasil portugués, donde el azúcar y otros productos tropicales se convirtió en la mercancía más preciada del mundo luso-brasileño.

El afro-latinoamericano creció creando cultura, religión, mito, ritmo, junto al trabajo despiadado que exigían sus inhumanos propietarios. Ellos sobrevivieron gracias a su música, su danza, sus espíritus (*orishas*), su fortaleza impresionante. Cuando en el 1898 Estados Unidos anexionó las tres islas, colonias españolas, de Filipinas, Cuba y Puerto Rico, llegó ya al comienzo del siglo XX una población afro-caribeña a Nueva York, en primer lugar. Eran los portorriqueños. Todos los *hispanos* adoptaron los ritmos de la cultura afro-caribeña como propia. Tanto los *hispanos* de preponderancia indígena, como la mestiza o criolla blanca aprendieron la cadencia armoniosa del tambor africano. Por ello tenía alguna razón aquellas preguntas racistas de la universidad norteamericana cuando me interrogaban: «¿Es usted afro (no hispano)?», porque el afro-caribeño

¹⁹ Véase Blackburn, 1999.

es *hispano* y también afro. Su *hispanidad* no niega ni confunde su *africanidad*. Es «otro» mundo (el cuarto), que compone la conciencia *hispana* en Estados Unidos. Son los latino-caribeños, afro-caribeños de Puerto Rico o Santo Domingo con su «salsa», los cubanos con sus cultos de santería, el vudú de los haitianos, el ritmo de tambor de Haití, la macumba y el candomblé brasileños. El *hispano* es también afro, con sus bellos ojos frecuentemente orientales (de su «madre») y sus labios sensuales del África, moviendo en la danza sus caderas como sólo puede hacerlo un «latino». Es la complejidad creada «entre» los borders de muchos mundos, «entre» los intersticios de muchas culturas.

5. EL “MUNDO QUINTO”. EL EXTREMO SUR DEL NORTE

INGLATERRA, las Islas Británicas, tienen otra historia que España y Portugal. La Antigüedad y la Edad Media europea los dividió. Los franciscanos fundan Oxford y Cambridge. La «voluntad» contingente de Duns Scoto y el empirismo de los Bacon nos habla de otra tradición cultural que la de los dominicos, más inclinados a la «inteligencia» continental de París o Salamanca. El catolicismo barroco poco tiene que ver con el anglicanismo, el presbiterianismo democrático, el puritanismo utópico. La monarquía absoluta hispánica, fortalecida por la plata americana, derrota a su burguesía naciente española en 1521 en Villalar. Además, al expulsar a los seiscientos mil judíos, que debieron ser la clase financiera interior al imperio, fueron reemplazados por extranjeros, la Génova mercantil renacentista. En cambio, la debilidad de la monarquía inglesa permite la primera revolución burguesa triunfante en el

siglo XVII, siendo esa misma burguesía ahora la encargada de organizar parlamentariamente el Estado, apoyar el comercio y desplegar la estructura colonial del creciente Imperio inglés (que desde el siglo XVII, reemplazará lentamente a las potencias ibéricas). El *anglo* proyecta hacia el pasado el esplendor creciente británico de los siglos XVII y XVIII, y oculta cuidadosamente en las sombras al siglo XVI. El *hispano* debe partir del siglo XVI para autointerpretarse positivamente y poder resistir la humillación y la dominación presente.

En América los primeros anglosajones habían sido por su parte anticipados por los holandeses, ya que la «Nueva Inglaterra» había sido antes «Nueva Holanda», y «Nueva York» se había denominado «Nueva Amsterdam». Así, las primitivas comunidades utópicas que tanto admiró Tocqueville, que huían de una Inglaterra bajo el modelo del Leviatán de Hobbes, el Estado absoluto, fueron ya modernas, en el espíritu de la «segunda» Modernidad Temprana (de Amsterdam, Londres o Edinburgh). En el siglo XVIII los norteamericanos asimilaron creativamente a la Ilustración y realizaron «su» Revolución industrial, no para disminuir la proporción del salario en el valor del producto, sino para permitir a los pequeños propietarios libres mayor producción. Las colonias inglesas participaron así en el origen de la Modernidad Madura, capitalista, liberal, industrial, y por ello no tuvieron en el continente americano ninguna otra potencia industrial ni militar que pudiera ser un oponente a su nivel. Su expansión era cuestión de tiempo, y el tiempo estaba con los *anglos*.

Cuando las comunidades de las Trece Colonias de la costa atlántica del nordeste, emancipadas del yugo inglés en 1776, fueron ocupando el territorio mexicano, hacia el occidente (el largo camino hacia el «far West», que comenzó por la Luisiana —también parte originaria de Nueva España—, siguió hacia el sur con Texas, y hacia el oeste por Arkansas, Nuevo México y

California), incorporarán no sólo territorios sino también población *hispana*, que viniendo desde «antes» quedaron atrapados «adentro» de un «nuevo mundo» por ellos desconocido que venía del nordeste: el de los Estados Unidos de Norte América. Esta «inclusión» —que será seguida por una lenta dispersión *hispana* del sur hacia el norte, durante un largo siglo—, tendrá toda la característica de una «expulsión» (como la del pueblo elegido bajo Josué, que derrotaba a los cananeos en Jericó, ahora con rostros de indios o mexicanos: *hispanos*);²⁰ expulsión no de parte de europeos extranjeros, sino que ahora de los propios americanos del norte que se expandirán ocupando territorios y manejando las poblaciones que quedaron en el sur, los *hispanos*.

Las poblaciones incluidas permanecerán indefensas, sin protección alguna. Como en el caso de la figura protagónica del cura Martínez,²¹ formado en el seminario de Durango en México, párroco de Santa Fe en Nuevo México, elegido diputado para representar a su provincia en la Ciudad de México en varias oportunidades, después en la asamblea independiente de Nuevo México como Estado autónomo, y, por último,

²⁰ El pensador hispano de Texas, Virgilio Elizondo, muestra la transformación del discurso de liberación del Moisés saliendo de Egipto con los antiguos esclavos (las comunidades utópico-cristianas que abandonaban Inglaterra o Irlanda, y que de la pobreza y la persecución entraban a la «Tierra prometida», en nombre del «Dios de los esclavos»), en el discurso que en el momento de la ocupación de la tierra, en cambio, empuñaban con Josué para justificar la conquista de la «Tierra vacía», o que había que vaciar, en nombre del «Dios de los ejércitos». Ese discurso será el permanente en Estados Unidos desde la ocupación del «far West» hasta la lucha contra el terrorismo de George W. Bush en el presente, inspirado en el «Western Design» de Cromwell, en el «Manifest Destiny» y la Doctrina Monroe, hasta las narrativas del expansionismo fundamentalista cristiano norteamericano.

²¹ Véase Dussel, 1983c.

representante de New Mexico en Washington. Como sacerdote católico mexicano, en rebelión contra el manejo de la Iglesia por parte de «extranjeros» (no *hispanos*) será excomulgado por el obispo Lamy de San Antonio, de nacionalidad francesa (que no comprendía a la comunidad *hispana*, que era la mayoría de la población católica), obispo nombrado por un Vaticano que confiaba más en el gobierno norteamericano que en el mexicano. Quedó así todo un pueblo «como ovejas sin pastor».

Durante un siglo, desde 1848 hasta el final de la Segunda Guerra Mundial (1945), el pueblo *hispano* fue ignorado, oprimido, eliminado. Su lengua era proscrita. Por su participación como militares en esa guerra y en las posteriores, por el aumento de su población, por la presencia masiva portorriqueña en el Este, mexicana en el Suroeste, y por último cubana en Florida, la importancia política de la comunidad *hispana* no podía ya ser acallada. El movimiento social y artístico chicano, el sindicalismo como el de César Chávez, la presencia de organizaciones como «Padres» y «Madres» de sacerdotes y religiosas en la Iglesia católica, al igual que el nombramiento de muchos obispos *hispanos*, la aparición de líderes políticos, empresariales, intelectuales y artistas, dio a la comunidad *hispana*, poco a poco, el rostro de la mayor minoría de Estados Unidos. Movilizaciones como las realizadas contra el decreto 187 en California mostró ya una comunidad inicialmente consciente de sus derechos.

El futuro no está de ninguna manera garantizado. Su cultura compleja, rica y «americana» necesita ser creativamente desarrollada. Su presencia política debe adquirir mayor autonomía, para no inscribirse en el carro del poder sin exigir condiciones para el desarrollo de la propia comunidad. De todas maneras su reciente «aparición» en la escena pública es un hecho, determinante en la elección de los gobernantes de Estados Unidos por su implantación muy fuerte en Florida, Nueva York,

Chicago, Texas y California. Es la oportunidad histórica de innovar en la educación de los miembros de la comunidad, y las presentes líneas son como el esbozo de un curso, un seminario, un libro de historia cultural, un esquema para enseñar al *hispano* a tomar conciencia de su historia milenaria, centenaria, propia.

Los *hispanos* necesitan América Latina, porque ahí están las nutrientes «raíces» de su mundo, la reserva vital de millones de «hermanos/as» que presionan desde su pobreza, pero también desde su esperanza contagiosa.

América Latina necesita de los *hispanos*. No necesita de *hispanos* que al hacerse presentes en el sur, por ejemplo como diplomáticos o en funciones de empresarios o militares, puedan hablar la lengua de la cultura latinoamericana, pero para imponer la Voluntad de Poder del imperio de turno. Necesitamos de ellos para hacer presente en el gran país del norte una cultura americana, la del sur, que pueda mostrar al ciudadano norteamericano otros horizontes continentales más solidarios, responsables de la pobreza de millones, y de poblaciones que no deben ser consideradas como mercancías, sino como existencias dignas de seres humanos que nos ha tocado habitar este continente americano, el del sur y el del norte. Necesitamos de ellos para aprender a cómo convivir con una cultura *anglosajona* diversa, hostil, agresiva, cuya racionalidad se funda casi exclusivamente en la competencia del *homo homini lupus*. Pero que tiene igualmente inmensas reservas críticas con las que debemos organizar un frente para salvar la vida de la humanidad hoy en riesgo de un inmenso suicidio colectivo.

